asaltándole, le vence, le desarmará de todos sus arneses, en que tanto confiaba, y repartirá sus despojos. Quien no está por mí, está contra mí; y quien no recoge conmigo, desparrama. Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, se vá por lugares ásperos buscando lugar donde reposar; y no hallándolo, dice: me volveré á mi casa de donde salí; y viniendo á ella, la halla bien barrida y bien adornada. Entonces vá y toma consigo otros siete espíritus peores que él; y entrando en esta casa fijan en ella su morada. Con lo que el último estado de aquel hombre viene á ser peor que el primero. Estando diciendo estas cosas, hé aquí que una mujer levantando la voz de enmedio del pueblo, esclamó: bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron. Pero Jesus respondió: bienaventurados mas bien los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica.

# PLATICA XXV.

## CONDICIONES DE LA ORACION.

*¿Ad quem autem respiciam, nisi ad pauperculum et contritum spiritu, et trementem sermones meos?*

¿En quién pondré yo mis ojos sino en el pobrecito y contrito de corazon, y que oye con respetuoso temor mis palabras?

Isaias, cap. 66, v. II.

Cierto: ciertísimo es, mis amados, que todos los cristianos estamos obligados á orar; pero por desgracia, es igualmente cierto que no todos los cristianos saben que condiciones ha de tener la oracion para ser agradable á Dios, y conseguir por medio de ella lo que al Señor pidamos, si nos conviene. Digo que si nos conviene, porque el no obtener lo que deseamos, no es signo inequívoco de ser defectuosa nuestra oracion. El Señor se conduce muchas veces con nosotros como un diestro médico se comporta con un enfermo. Este en ocasiones pide cosas á que el médico no accede, y esto no porque no desee su salud, sino porque conoce que de conceder al enfermo lo que pide, seria para aumentar su mal; que se empeoraria indudablemente. Pues así, así hace el Señor con nosotros. Nos niega, no nos concede muchas veces lo que pedimos, porque de otorgárnoslo, seria en perjuicio nuestro. Otras veces solemos pedir cosas que pudieran sernos muy provechosas, y no obstante, el Señor suele negárnoslas ó diferir su concesion. Nos las niega, si se las pedimos mal, esto es, sin las debidas disposiciones; y en ocasiones nos difiere su concesion ya

para que se aumente nuestro fervor, y ya tambien para que conozcamos mas y mas nuestra pobreza y la necesidad que tenemos todos, de acudir á nuestro Dios, que es la fuente y orígen de todo bien. Sí: todos tenemos esta necesidad. Se engañan lastimosamente, como dice el ilustrado señor de Mazo (1), aquellos cristianos que miran la oracion como propia únicamente de eclesiásticos y religiosos, y de algunas personas dedicadas á la piedad. En el órden que ha establecido el Señor para la salvacion de los hombres, la oracion es absolutamente necesaria á todos los que han de vivir y morir en la divina gracia y entrar en la eterna gloria. Para conocer la importancia de esta verdad, conviene no olvidar, que al decir que todo hombre tiene necesidad de orar, lo que quiere significarse es, que todos debemos dirigirnos á Dios buscando en su infinita bondad el manantial de sus bienes, y en su infinita misericordia el remedio de sus males. Por la oracion presentamos en su divino acatamiento la muchedumbre de nuestras miserias para que se apiade de nosotros y se mueva á socorrernos: por ella imploramos el perdon de nuestros pecados, y los auxilios de la gracia para no volver á cometerlos; pedimos tambien que nos conceda su divina magestad aquellos bienes espirituales que necesitamos para salvarnos, y aquellos bienes corporales que puedan contribuir á nuestra salvacion.

Verdad es, dice san Agustin (2), que el Señor nos dá algunas cosas sin que se las pidamos, como son: el principio de la fé, el deseo de orar, los primeros movimientos hácia el bien, y otras á este modo: pero son infinitas las que no quiere darnos sin que se las pidamos, como son la gracia santificante, la victoria contra las pasiones, y sobre todo el don de la perseverancia final, sin el cual no puede haber salvacion para nosotros. Ved pues ahora, mis amados, si es interesantísimo de suyo que todos sepamos las condiciones de la oracion. Sí: lo es con efecto, y bien convencido de esta verdad, voy á ocuparme de esplicarlas. Estad pues, con atencion.

Antes de hacer la esplicacion de las condiciones que la oracion ha de tener para ser grata á Dios, conviene mucho tener presente el estado en que puede hallarse el que ora: que en verdad podemos considerarle de cuatro modos. Uno el de aquellos que cuando oran están en gracia de Dios: Otro el de los que estando en pecado mortal hacen oracion pesarosos de haber pecado y con deseos de mejorar su vida: Otro el de aquellos que por haber nacido entre infieles ó hereges, lo son tambien ellos, pero desean salir de aquellas tinieblas y gozar de la luz que comunica la religion catolica: Y el cuarto el de aquellos que hallándose en pecado mortal se ponen á orar, pero sin arrepentirse de sus culpas, y por consiguiente, sin propósito de la enmienda; antes bien resueltos á continuar en sus tratos ilícitos y como complacidos de haber pecado, y de tener ocasion de pecar en adelante. Desde luego conocereis, mis amados, que los que hacen oracion de los tres modos primeros, pueden sacar de ella mucha utilidad; no así los últimos. La razon es bien sencilla. El que esta en gracia de Dios y ora, si lo hace con las disposiciones debidas, no hay para que dudar de la eficacia de su oracion. Los segundos ó sean los que estando en pecado mortal, lo mismo que los infieles y hereges que piden al Señor les de su gracia para salir de tan infeliz estado, estos pueden hacer muy fructuosa su oracion segun lo afirma el Profeta rey diciendo (1): Pronto está el Señor para todos los que le invocan, para cuantos le invocan de veras: Condescenderá con la voluntad de todos los que le temen; oirá benignamente sus peticiones: y los salvará. El mismo Jesucristo dice por san Mateo (2): Venid á mi todos los que andais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Las cargas y trabajos de que aqui habla el Señor son los pecados: carga la mas pesada de todas, y de la que el pecador arrepentido quiere verse libre. Todo aquel que invocare al Señor, dice tambien san Pablo (3), será salvo. El que le invoca, ya cree en Dios, segun el mismo santo apóstol (4) porque sin creer en él nadie puede invocarle: empero para ser oidos es preciso invocarle con humildad porque á los humildes es á quienes oye y ensalza el Señor, asi como desprecia y humilla á los soberbios. Para que todos nos penetraramos de esta verdad, Jesucristo Redentor nuestro dijo á algunos que presumian de justos y despreciaban á los demas, esta parábola (5): Dos hombres subieron al templo á orar: el uno era fariseo, y el otro publicano *ó cobrador de alcabalas*. El fariseo puesto en pie, oraba en su interior de esta manera: O Dios, yo te doy gracias de que no soy como los demas hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces á la semana; y pago los diezmos de todo lo que poseo. El publicano, al contrario, puesto allá lejos,

(1) *Fol* 127.
(2) *De dono persev.* 26.



(1) *Salmo* 144, *vv.* XVIII *y* XIX.
(2) *Cap.* 11, *v.* XXVIII.
(3) *A los romanos*, *cap.* 10, *v.* XIII.
(4) *Ibid.*, *v.* XIV.
(5) *S. Luc.*, *v.* IX *y siguientes.*

ni aun los ojos osaba levantar al cielo; sino que se daba golpes de pecho, diciendo: Dios mio, tén misericordia de mí que soy pecador. Os declaro pues, que este volvió á su casa justificado, mas no el fariseo. De aquí se infiere, cristianos, que Dios oye á los pecadores, porque si asi no fuera, ¿cómo, dice *san Agustin*, hubiera Dios oido al publicano? ¿Ni para qué fijar este los ojos en el suelo, ni darse golpes de pecho pidiendo á Dios perdon, si Dios no hubiera de oirle? Pero sí, el Señor oye á los pecadores arrepentidos, y por ser asi verdad, el publicano volvió á su casa ya justificado. Hé aquí porque digo que los pecadores comprendidos en el segundo y tercer modo indicado, pueden dirigirse á Dios y obtener grandes frutos de su oracion. No así los del cuarto modo, esto es, aquellos que estando en pecado mortal oran ó rezan por costumbre, sin atender á lo que dicen y sin ánimo de enmendarse, antes bien complaciéndose de haber pecado y pecar. Estos tales no solo oran sin fruto, como desde luego se conoce, sino que su oracion puede graduarse de una burla al Señor, de una provocacion directa á su divina justicia y su oracion será execrada de Dios, segun la espresion del Espíritu Santo (1). *Cuando orareis* y levantareis vuestras manos *hácia mí*, dice el Señor por Isaias á los pecadores obstinados (2), yo apartaré mi vista de vosotros; y cuantas mas oraciones me hiciereis, tanto menos os escucharé. Es pues falsa, injuriosa y llena de hipocresía la oracion que los tales pecadores hacen. ¿Qué mucho, pues, que el Señor les abandone y mueran impenitentes? ¿Y qué pueden esperar los abandonados de Dios? ¿Qué los que bien hallados con sus culpas no piden de todo corazon misericordia al Señor? ¿Será dudosa la suerte que á estos espera? No: no es dudosa su eterna condenacion. ¡Líbrenos Dios de tanta desgracia! Pero pongamos por nuestra parte, mis amados, los medios para tener al Señor propicio. Oremos en todo tiempo, y procuremos que nuestra oracion esté adornada de las seis condiciones necesarias para que sea buena. No creais porque digo, seis condiciones, que es por esto difícil la buena oracion, no: es sumamente fácil si de veras amamos á Dios. Se nos manda que oremos en nombre de Jesucristo, con espíritu y verdad, con humildad y arrepentimiento, con atencion, con fé, y últimamente con perseverancia. Ved ahí ya indicadas todas las condiciones de la buena oracion: Oid ahora la facilidad conque podemos llenarlas, contando ante todas cosas con la gracia del Señor, que está pronto siempre á concedérnosla, si de corazon se la pedimos.

La primera condicion es que oremos en nombre de Jesucristo; ¿y qué

(1) *Prov., cap.* 28, *v*, IX.
(2) *Cap.* 1, *v.* XV.



cosa mas justa y fácil de hacerse? ¿Qué nombre mas dulce que el de Jesus? No hay salud en ningun otro, dice S. Pedro (1), ni se ha dado á los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos. Dios en los consejos de su eterna sabiduria (2) ha determinado no conceder mercedes á los hombres, sino en nombre de su Santísimo Hijo. Pedir en nombre de Jesucristo, es unir nuestras oraciones á su mediacion y apoyar nuestras súplicas sobre sus méritos. Es presentarnos á los pies del trono del Eterno Padre á implorar sus misericordias y pedir sus gracias por medio de su amantísimo Hijo. Es valernos de un mediador, no solamente poderoso, sino tambien necesario, porque, como dice San Agustin (3), la oracion que no se hace por Jesucristo, no solamente no quita el pecado, sino que ella misma es pecado. Por eso nuestra Madre la Iglesia concluye sus oraciones con estas palabras: *por nuestro Señor Jesucristo.* Conclusion humilde y llena de consuelo, dice el Señor Bossuet (4); humilde, porque confiesa nuestra insuficencia; y llena de consuelo, porque nos muestra en quien está nuestra fuerza; y esto se estiende tan lejos que aun cuando interponemos con Dios las intercesiones y méritos de los santos, como asimismo los de la Santísima Virgen, añadimos tambien á ellas esta necesaria conclusion; *por nuestro Señor Jesucristo*: porque en efecto, á Jesucristo somos todos deudores de las gracias que recibimos de su Eterno Padre, y de la paciencia y misericordia que usa con nosotros. Jesucristo es el sacerdote eterno (5) establecido en la casa de Dios para interceder siempre por nosotros: es el gran Justo que tenemos en el cielo por abogado para con Dios: es el Pontífice Santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores y colocado sobre los mas altos cielos, que presenta por nosotros á su Eterno Padre el inmenso sacrificio de su pasion y muerte. No nos oye el Padre celestial si no oramos en nombre de su Hijo Santísimo. Conoced ahora, mis amados, la razon de porque la primera condicion para que nuestra oracion sea agradable á Dios, es que se haga en nombre de Jesucristo.

Debemos orar en espíritu y verdad, esto es, de tal modo que correspondan nuestros sentimientos con nuestras palabras, que haya armonía entre el corazon y la lengua á fin de que el Señor no diga de nosotros lo que decia de los judíos: Este pueblo me alaba con los lábios, pero su corazon no me alaba, está muy distante de mí. Los que asi oran son

(1) *Hech. de los Apóst., cap.* 4, *v.* XII.
(2) *Mazo, fol.* 154.
(3) *In. Ps.* 108.
(4) *Medit. sobre los Evang.*
(5) *S. Pab. á los Heb., cap.* 7, *v.* XXI.

hipócritas, y á los hipócritas aborrece Dios. Debemos ponernos en la presencia de Dios con toda humildad y el corazon compungido por haber ofendido á un Señor tan digno de ser amado, y clamar de lo íntimo de nuestra alma que se apiade de nuestras miserias. La inmensa Magestad de Dios á quien vamos á suplicar: nuestra indignidad, nuestra pobreza y la suma necesidad que tenemos de que el Señor nos socorra, exigen que asi procedamos; y no habria cosa mas insufrible que presentarnos sin humildad ni arrepentimiento á pedir á Dios sus gracias é implorar sus misericordias. Buen ejemplo tenemos en la parábola del farisco y del publicano; y á cada paso hallamos en las Sagradas Escrituras pruebas inequívocas de esta eterna verdad. Desde el principio del mundo, *decia Judith en su fervorosa oracion para alcanzar la salvacion de su pueblo* (1), desde el principio del mundo te han desagradado los soberbios, habiéndote sido siempre acepta la oracion de los mansos y humildes. En el Eclesiástico se nos dice (2): La oracion del humilde traspasará las nubes, y no reposará hasta acercarse al Altísimo del cual no se apartará hasta tanto que incline hácia él los ojos. En el Salmo 33 (3) se dice tambien: El Señor está al lado de los que tienen el corazon atribulado; y él salvará á los humildes de espíritu. En el salmo 101 (4) se hallan estas palabras: El Señor atendió á la oracion de los humildes, y no despreció sus plegarias. En vano intentára, católicos, aducir todos los lugares de la Sagrada Escritura que recomiendan la oracion del humilde, al paso que reprueban la del orgulloso ó soberbio. ¿Y cómo no ha de ser reprobada de Dios la oracion que se hace sin humildad? ¿Qué títulos puede presentar el hombre para no comparecer como un miserable ante el Señor? ¿Serán su salud y fortaleza? ¿Serán sus riquezas? Pero ante Dios ¿quien es fuerte? Ante Dios ¿quien es rico? ¿Lo será el que tenga mucho oro y mucha plata? Pero quien hay que tan mal discurra, siendo la plata y el oro nada mas que polvo y telas de araña, usando de la espresion de S. Juan Crisóstomo. Sí: polvo y telas de araña son todas las riquezas con que el mundo brinda, y solo sirven de cebo á los incautos. ¿Dónde están los poderosos que hace cien años llenaban el mundo y abundaban en tantas riquezas? Murieron como han muerto tambien los mas pobres de aquel tiempo. ¿De que pues les sirvieron sus riquezas? ¿Qué fué de su salud y fortaleza? Todo marchó como el humo, ni aun memoria hay de la mayor parte de los que en aquel tiempo vivieron, y si se conserva la

(1) *Cap.* 9, *v.* XVI.
(2) *Cap.* 35, *v.* XXI.
(3) V. 19.
(4) V. XVIII.



de los mas notables, es porque se han escrito sus nombres, y tenemos que estudiar para saberlos. Ved pues lo que es el hombre; conoced lo que somos y seremos nosotros; y decidme ahora, si será mucho pedir, que todos hagamos oracion á Dios con humildad y corazon compungido. Si por cierto, y no hay en la tierra quien de esta obligacion pueda escusarse. Ni es menos necesaria la atencion cuando dirigimos nuestras súplicas á Dios.

El sumo respeto debido á la Magestad de Dios, con quien vamos á hablar en la oracion exige una atencion reverencial y constante. Para mejor obtenerla, conviene muy mucho prepararse reflexionando quién pide, qué pide y á quién pide. ¿Quién pide? Un miserable pecador ¿Qué pide? Socorro. ¿A quién le pide? Al criador de cielos y tierra. Por eso dice el Espíritu Santo (1): Antes de la oracion prepara tu alma, y no quieras ser como el hombre que tienta á Dios, quiere decir, que asi como el que voluntariamente se pone en peligro de pecar, tienta á Dios y peca tentándole: asi tambien el que se pone á orar sin prepararse, se pone voluntariamente en peligro de distraerse; tienta en esto á Dios, y peca tentándole. Cuando nos ponemos á orar, debemos entrar en espíritu, segun el pensamiento de San Bernardo (2), en la sociedad de los Bienaventurados y considerar al Rey de la gloria sentado sobre un trono infinitamente mas brillante que las estrellas. ¡Cuál, pues, deberà ser nuestra atencion! Seguramente, dice el piadoso Señor de Mazo (3), no se verá que un hombre cuando está suplicando á los pies del trono de un Monarca de la tierra que le perdone sus yerros, que le remedie sus necesidades ó que le conceda gracias y mercedes, no conserve la atencion mas respetuosa, mas viva y constante. ¿Pues cuál deberá ser la nuestra, cuando estamos pidiendo estas mismas cosas al monarca de los cielos?

Pero se dirá: que es imposible conservar una atencion semejante; que tanto nuestro pensamiento como nuestra imaginacion son indomables; que dan vuelta al mundo sin licencia *nuestra y aun sin advertirlo*; y en fin, que estamos tan espuestos á distraernos, que muchas veces, como observa Santo Tomas, el mismo empeño que tomamos en no distraernos, es una distraccion..... *Forzoso es convenir* en que todo esto, por desgracia, es demasiado cierto, pero necesario es convenir tambien, *católicos*, en que el hombre conserva sobre su pensamiento é imaginacion, á pesar de haber quedado tan desordenados por el pecado original, una par-

(1) *Ecco. cap,* 18, *v.* XXIII.
(2) *Serm.* 2, 5, *Vid.*
(3) *Fol.* 127.

te de su primer dominio, el cual debe emplear hasta donde alcance, para conservar su atencion en la oracion y no distraerse *voluntariamente*, porque las distracciones *involuntarias* no perjudican á la oracion. Dios no nos manda imposibles; quiere sí, que cuando en su presencia nos pongamos para alabarle, adorarle y pedirle mercedes; lo hagamos con respeto; poniendo cuanto esté de nuestra parte para no faltar á las consideraciones que le debemos, y que nuestra lengua pronuncie aquello mismo en que abunda nuestro corazon por usar de la espresion del Evangelio (1). ¿Es esto pedir mucho? Cualquiera hombre constituido en dignidad quiere justamente que se le trate con el respeto debido. ¿Qué mucho, pues que con el respeto debido tratemos á nuestro Dios? Ni se crea por esto, que se nos prohibe tener confianza en Dios. Todo lo contrario.

Si la humildad es recomendada, si tan necesaria es para que nuestra oracion llegue al trono del Altísimo y le haga fijar en nosotros sus ojos misericordiosos, no es menos recomendable, no es menos necesaria la confianza para que sea buena nuestra oracion. El apóstol Santiago nos asegura: que (2) un alma que pide sin confianza, es semejaute á una ola del mar que agitada de los vientos es estraida acá y allá; y que no piense quien ore asi desconfiado, que ha de recibir poco ni mucho del Señor. El mismo Jesucristo nos dice por san Marcos (3): os aseguro que todas cuantas cosas pidiereis en la oracion, *no vacilando*, sino teniendo *viva* fé de conseguirlas, se os concederán *sin falta*. A vista, pues, de una seguridad tan sin igual ¿qué podremos alegar para no orar con confianza? ¿Que no somos acreedores á los gracias que pedimos? Eso es tan cierto que los mayores santos han confesado lo mismo: pero como no pedimos ni ellos pidieron en nombre propio, sino en el de Jesucristo, ¿qué mucho que el Señor nos las conceda como á ellos se las concedió? ¿Alegaremos que el Señor no puede concedernos cuanto bueno le pidamos? Este seria el mayor de los pecados, porque negabamos su omnipotencia. ¿Diremos que no quiere? Eso ofenderia altamente su bondad. Si nuestra confianza se fundara en la generosidad de los hombres, serian bien temidos nuestros temores, pero se funda en la generosidad de todo un Dios. ¿Qué motivo de temor podemos tener? ¿Cómo desconfiar del mejor de los padres? Sí: cristianos: El Señor es un padre cariñosísimo; nos ama con mas ternura qne todos los padres juntos han amado á sus hijos; está siempre dispuesto á oirnos favorablemente, y desea, con vehemencia

(1) *S. Mat.*, 12, 34.
(2) *Epist. Cat.* 1, 6, 7.
(3) *Cap.* 11, *vv.* XXIII *y* XXIV.



que no propongamos estorbos á su bondad para hacernos felices. Oid lo que el mismo Jesucristo, nos dice por san Lucas (1): Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis; llamad, y se os abrirá.

Porque todo aquel que pide, recibe: y quien busca, halla: y al que llama, se le abrirá. Si entre vosotros pide un hijo pan á su padre, ¿le dará acaso una piedra? ¿O si pide un pez, le dará en lugar de un pez una sierpe? ¿O si pide un huevo, por ventura le dará un escorpion *ó alacran*? Pues si vosotros, siendo malos como sois, sabeis dar cosas buenas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro padre que está en los cielos dará el espíritu bueno á los que se le pidan. Por san Juan nos dice tambien (2) Cuanto pidiereis al padre en mi nombre, os lo concederá. Ademas nos dice (3): que aquel ama menos, á quienes menos pecados se perdonan: Esto es, que por muchos que sean nuestros pecados, mayor sin comparacion es la misericordia de Dios; ni sirve de óbice la muchedumbre de culpas á la bondad del Señor, siempre que con corazon contrito y humillado nos convirtamos á él y le pidamos perdon. ¿En quién pondré yo mis ojos nos dice el mismo Dios por Isaias, sino en el pobrecito y contrito de corazon, y que oye con respetuoso temor mis palabras.

¡Ojala que vosotros, mis amados, oigais la palabra de Dios, que por mí, indigno ministro suyo, se os comunica, para que apreciándola cual se merece, oreis con las debidas disposiciones y consigais la bienaventuranza que á los que asi obran promete el Señor en el Evangelio! *(aquí el orador si le pareciere conveniente, etc.)* No. no quiere el Señor nuestra muerte eterna, sino que nos convirtamos á él de veras y podamos vivir para siempre. El es el buen pastor que dejó en la dehesa las noventa y nueve ovejas por ir á buscar la que se le perdió, y en cuanto la halló se la puso sobre sus hombros, y lleno de gozo, marcho á su casa, convocó á sus vecinos, y se regocijó con ellos por haber hallado la oveja suya, que se le habia perdido. Es el buen padre que al ver á su hijo perdido postrado á sus pies pidiéndole perdon, tiende sobre él los brazos, le estrecha entre su pecho, llora de gozo y le besa. Sí; cristianos, Jesucristo es el buen Pastor y el buen Padre, y nos asegura él mismo (4), que en el cielo se hace mas fiesta por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. Ved, pues, mis amados, si tenemos fundamentos sólidos para confiar en nuestro Dios. ¡Bendita sea por siempre su infinita misericordia!

(1) *Cap.* 11, *v.* IX *y siguientes.*
(2) *Cap.* 16, *v.* XXIII.
(3) *S. Lucas, cap.* 7, *v.* XLVII.
(4) *S. Lucas, cap.* 15, *v.* VII.